

911
D. 1
DG 863

D 8.

v. 1

1911

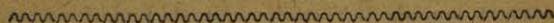


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES

DE VIAJE



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

SANTA MARIA DI PIE DI GROTTA

En la tarde misma de nuestra llegada á Nápoles, nos dirigimos presurosos al puerto Jadin y yo, para saber si casualmente partia algun barco á la mañana siguiente para Sicilia, ya fuese de vapor ó de vela. Como no es comun en los viajeros ir á Nápoles para estar solo alli algunas horas, digamos algo sobre las circunstancias que nos obligaron á apresurar nuestra marcha.

Habiamos salido de Paris con la intencion de recorrer toda la Italia, comprendiendo en nuestro viaje Sicilia y Calabria; y poniendo religiosamente en ejecucion este proyecto, habiamos visitado ya Niza, Génova, Milan, Florencia y Roma, cuando despues de una detencion de tres semanas en esta última ciudad, tuve el honor de

encontrar en casa del marqués de T...., encargado de negocios de Francia, al conde de Ludorf, embajador de Nápoles. Como de allí á algunos dias debia yo salir para esta ciudad, el marqués de T... juzgó conveniente presentarme á su honorable colega, con el fin de facilitarme desde luego las vias diplomáticas que debian abrirme la entrada de Terracina. Mr. de Ludorf me recibió con esa sonrisa indiferente y fria que á nada se compromete, lo cual no impidió que dos dias despues me creyese yo en la obligacion de entregarle por mí mismo los pasaportes. Monsieur de Ludorf tuvo la bondad de decirme dejase nuestros pasaportes sobre su mesa de despacho, y me volvióse de allí á dos dias por la mañana para recogerlos. Como no estábamos obligados á otra cosa, puesto que las medidas sanitarias vigentes con motivo del cólera, prescribian una cuarentena de veinte y ocho dias, y por consecuencia nos faltaba casi una semana, me despedí de Mr. de Ludorf, prometiéndome de todas veras no dejarme presentar á ningun embajador sin que antes hubiese tomado acerca de él minuciosos informes.

Trascurridos los dos dias, me presenté en el despacho de los pasaportes. Encontré allí un empleado que con las mas corteses maneras del mundo me hizo saber que habiéndose suscitado algunas dificultades para poner á los nuestros el visto bueno, convendria que me dirigiese al mismo embajador para que se resolviesen. Forzosó me fué por lo tanto, cualquiera que fuese lo que yo tuviera decidido, presentarme de nuevo en casa de Mr. Ludorf.

Hallé á Mr. Ludorf mas frio y grave aun que de ordinario; pero teniendo presente que probablemente seria esta la última vez que tendria el honor de verle, tuve paciencia. Me hizo señal de que me sentara: tomé asiento. Habia adelantado en esto algo con respecto á la primera vez: en aquella me habia dejado estar de pié.

— Caballero, me dijo con cierto embarazo y estirando uno despues de otro los pliegues de su pechera, siento muchísimo decir á Vd. que no puede ir á Nápoles.

— ¿Cómo es eso? pregunté yo decidido á dar á nuestro diálogo el tono que me agradara; ¿será acaso que los caminos estén malos?

— No, caballero; por el contrario, los caminos son magníficos, pero Vd. tiene la desgracia de estar incluido en la lista de los que no pueden entrar en el reino napolitano.

— Por mas honrosa que sea esa distincion, señor embajador, repliqué yo acomodando el tono á las palabras, como me imposibilitaria á la mitad el viaje que pienso hacer, lo cual me desagradaria grandemente, me permitirá Vd. insistir, así lo espero, para conocer la causa de esta deferencia. Si es alguna de esas causas leves que á cada paso se encuentran en Italia, tengo algunos amigos por el mundo que creo tendrán influencia para hacerlas desaparecer.

— Esas causas son muy graves, caballero, y dudo que sus amigos, por alta que sea su posicion, tengan influencia para que desaparezcan.

— Por último, y sin que esto sea indiscrecion, caballero, ¿puedo conocerlas?

-- ¡Oh, Dios mio! sí, respondió con indiferencia Mr. de Ludorf, y no encuentro inconveniente en decirselo á Vd.

— Ya espero, caballero.

— En primer lugar, Vd. es hijo del general Mathieu Dumas, que fué ministro de la Guerra en Nápoles durante la usurpacion de José.

— Con mucho sentimiento mio, señor embajador, tengo que declinar mi parentesco con el ilustre general que Vd. cita; pero está Vd. en un error, y á pesar de la identidad del apellido, no hay entre nosotros ninguna relacion de parentesco. Mi padre es, no el general Mathieu, sino el general Alejandro Dumas.

— ¿Del general Alejandro Dumas? replicó Mr. de Ludorf como queriendo recordar con qué motivo habia oido ya pronunciar aquel nombre.

-- Sí, contesté yo; el mismo que despues de haber sido hecho prisionero en Tarento, con desprecio del derecho de hospitalidad, fué envenenado en Brindiscon Mausecourt y Dolomieu, con mengua del derecho de gentes. Esto sucedia al mismo tiempo que se ahorcaba á Caracciolo en el golfo de Nápoles. Ya ve Vd., caballero, que hago todo lo posible por ayudar sus recuerdos.

Mr. de Ludorf se mordió los labios.

— Pues bien, caballero, añadió despues de un momento de silencio, hay una segunda razon; las opiniones políticas de Vd. Nos ha sido Vd. indicado como republicano, y ha dejado á París, segun se nos ha dicho, por causas políticas.

— A eso responderé, enseñando á Vd. mis cartas de

recomendacion: casi todas tienen el sello de los ministerios y la firma de nuestros ministros. Vea Vd., una tengo aqui del almirante Jacob, otra del mariscal Soult y otra de Mr. Villemain: en ellas se reclama para mí la ayuda y proteccion de los agentes diplomáticos franceses, en casos parecidos al en que ahora me encuentro.

— Pues bien, dijo Mr. Ludorf, puesto que Vd. ha previsto el caso en que se halla, haga frente á él por los medios que están en su poder. Por mi parte le prevengo, que no visaré su pasaporte. En cuanto á los de los compañeros de Vd., como no veo inconveniente en que vayan á donde quieran, aquí los tiene Vd. Están en regla, y pueden partir cuando les agrade; pero me veo obligado á repetirlo, partirán sin Vd.

— El caballero conde de Ludorf ¿tiene algo que mandarme para Nápoles? pregunté yo levantándome.

— ¿Porqué, caballero?

— Porque yo me encargaria de ello con mucho gusto.

— Pero si digo á Vd. que no puede ir allí.

— Estaré allí dentro de tres dias.

Saludé á Mr. Ludorf y salí dejándole estupefacto con mi seguridad.

No podia perder un instante si queria cumplir lo que habia prometido. Fui corriendo á casa de un pensionado de la escuela de Roma, antiguo amigo mio, á quien habia conocido en el taller de Mr. Lethierre, que era antiguo amigo de mi padre.

— Mi querido Guichard, es preciso que me haga Vd. un servicio.

— ¿Cuál?

— Es preciso que vaya Vd. inmediatamente á pedir á Mr. Ingres un permiso para viajar por Sicilia y Calabria.

— Pero, queridísimo, si yo no voy allá.

— No, pero voy yo; y como no me quieren dejar ir con mi nombre, es preciso que vaya con el de Vd.

— ¡Ah! comprendo. Eso es otra cosa.

— Vd. dispense, va Vd. á pedir un pasaporte á nuestro encargado de negocios. Recuerde Vd. bien lo que le digo.

Con el pasaporte de nuestro encargado de negocios, va Vd. á recoger el visto bueno del embajador de Nápoles, y con el visto bueno del embajador de Nápoles marcho yo á Sicilia.

— Magnífico. ¿Y cuándo lo necesita Vd.?

— Al momento.

— Pues emplearé el tiempo preciso para quitarme la blusa y subir á la Academia.

— Yo voy á arreglar mi equipaje.

— ¿Dónde encontraré á Vd.?

— En casa de Pastrini, Plaza de España.

— Dentro de dos horas estaré allí.

En efecto, dos horas despues, Guichard estaba en el hotel con un pasaporte perfectamente en regla. Como no habia tomado la precaucion de ser presentado á M. Ludorf, el negocio habia marchado sin obstáculos.

En la misma noche tomé el carruaje de Angrisani, y á la mañana del dia siguiente estaba en Nápoles.

En treinta y seis horas cumpli el compromiso en que

me habia empeñado con Mr. de Ludord. Como se ve, no podia quejarme. Pero no consistia todo en estar en Nápoles; de un momento á otro podia yo ser descubierto allí. Habia conocido en Paris á un personaje muy lustre, que pasaba por marqués, y que se hallaba entonces en Nápoles, donde pasaba por espia. Si le encontraba era perdido. Era, pues, urgente trasladarme á Palermo ó á Mesina.

Hé ahí porqué el dia mismo de nuestra llegada, fuimos corriendo Jadin y yo al puerto de Nápoles para buscar un barco de vapor ó de vela que pudiese conducirnos á Sicilia.

En todos los países del mundo la llegada y la salida de los barcos de vapor están ordenadas: se sabe qué dia salen y qué dia llegan. En Nápoles, no. El capitán es el único juez de la oportunidad de su viaje. Cuando tiene su contingente de pasajeros, enciende sus calderas y hace tocar la campana. Hasta ese momento descansan él y su buque.

Desgraciadamente estábamos á 22 de agosto, y como nadie era bastante curioso para ir á derretirse en Sicilia por un calor de treinta grados, no habia pasajeros. El teniente, que por casualidad estaba á bordo, nos dijo, que el paquebot no se pondria ciertamente en marcha antes de ocho dias, y que aun para entonces no podia asegurarnos si marcharia.

Estábamos en el muelle á punto de desesperarnos por este contratiempo, mientras que Milord buscaba por todas partes por ver si hallaba algun gato que comer, cuando un marinero se acercó á nosotros con el som-

brero en la mano, y nos dirigió la palabra en *patois* siciliano. Por poco familiarizados que estuviésemos con aquel idioma, no se diferenciaba tanto del italiano que no pudiésemos comprender que nos ofrecía conducirnos donde quisiésemos. Le preguntamos entonces en qué pensaba conducirnos, aunque estábamos dispuestos á partir en cualquier cosa que fuese. Al instante echó á andar delante de nosotros, y deteniéndose cerca del Faro nos enseñó á cincuenta pasos en la mar durmiendo sobre su ancla un lindo barco, de la fuerza de un playero (1), pero tan coquetamente pintado de verde y rojo, que sentimos desde luego hácia él una simpatía que sin duda se manifestó en nuestra fisonomía, porque sin aguardar nuestra contestacion, el marinero hizo seña á una barca para que se acercase, saltó el primero y nos alargó la mano para ayudarnos á descender.

Nuestro *Speronare*, que es el nombre que se da á esta especie de barcos, no tenia que temer de un exámen, y á medida que mas nos aproximábamos á él, mas veíamos desarrollarse sus formas elegantes, y resaltar la viveza de sus colores. Por lo cual antes de poner los piés á bordo, estábamos ya medio decididos.

Encontramos allí al capitán. Era un jóven de bella presencia, de unos veinte y ocho á treinta años, de fisonomía franca y audaz. Hablaba poco mejor el italiano que su marinero. Podíamos, pues, entenderle con dificultad. Un cuarto de hora despues, nos habíamos

(1) Carruaje en que conducen los arrieros el pescado desde la costa á lo interior.

ajustado á ocho ducados por dia. Mediante ocho ducados por dia, el barco y la tripulacion nos pertenecian en cuerpo y alma, maderas y velámen. Podíamos tenerle mientras quisiésemos, ir á donde nos acomodase, dejarle cuando lo tuviésemos por conveniente : éramos completamente libres : únicamente debíamos pagarle tanto tiempo como le tuviésemos. Esto era justísimo

Bajé al fondo ; el barco no estaba cargado sino de su lastre. Exigí del capitán que se comprometiese formalmente á no admitir ni mercancías ni pasajeros : me dió su palabra. Tenia el aire tan franco que no le exigí otra garantía.

Volví á subir al puente y visité nuestro departamento. Era ni mas ni menos una especie de tienda circular de madera, situada en la popa, y bastante sólidamente amarrada á la tablazon del buque para no tener que temer una ráfaga de viento ó una marejada. Detrás de esta tienda habia un espacio libre para la maniobra de timon. Este era el departamento del piloto. La tienda estaba completamente vacía. Correspondia á nosotros procurarnos los muebles necesarios : el capitán del *Santa Maria di Pie di Grotta* no la alquilaba amueblada. Por lo demás, visto lo reducido del espacio, debian limitarse los muebles á dos colchones, dos almohadas y cuatro pares de sábanas. El piso servia de catre. En cuanto á los marineros, contando entre ellos al capitán, dormian ordinariamente mezclados en el entrepuente.

Convinimos en enviar los dos colchones, las dos almohadas y cuatro pares de sábanas á la noche, y el

momento de la partida se fijó para la mañana siguiente á las ocho.

Habíamos ya andado cien pasos, felicitándonos Jadin y yo de nuestra resolucion, cuando el capitán vino corriendo hácia nosotros. Venia á recomendarnos sobre todo no se nos olvidase de proveernos de un cocinero. La recomendacion me pareció bastante extraña para que dejase de exigir una explicacion. Supe entonces que en el interior de la Sicilia, país salvaje y poco poblado, donde las posadas, cuando se encuentran, no son sino lugares de descanso, un cocinero es una cosa de primera necesidad. Prometimos al capitán enviarle uno al mismo tiempo que nuestra *roba*.

Mi primer cuidado volviendo al hotel de la *Vittoria*, fué informarme del dueño, Mr. Martin Zir, dónde podría hallar el cocinero encargado. Mr. Martin Zir me respondió que venia á muy buena hora y que precisamente tenia mi encargo. En el primer momento me satisfizo esta respuesta tan completamente, que subí á mi cuarto sin hablar mas; pero luego que llegué á él, pensé que no habia ningun mal en tomar algunos informes adelantados sobre las cualidades morales de nuestro futuro compañero de viaje. En consecuencia, pregunté á uno de los camareros del hotel, el cual me respondió que podia estar tan tranquilo sobre ese punto, como que era su propio cocinero el que me cedia Mr. Martin.

Desgraciadamente esta generosidad, lejos de asegurarme de parte de mi huésped, aumentó mis temores. Si Mr. Martin estaba contento con su cocinero, ¿cómo

se deshacia de él en favor del primer extraño que llegaba? Si no estaba contento de él, por poco delicado que sea yo, lo soy tanto como otro cualquiera. Bajé, pues, á buscar á Mr. Martin, y le pregunté si efectivamente podia contar con la probidad y los conocimientos culinarios de su protegido. Mr. Martin me respondió haciéndome un elogio pomposo de las cualidades de Giovanni Cama. Era, segun él, la honradez personificada, y, lo que era de bastante importancia tambien para el empleo que yo iba á confiarle, tenia la habilidad mas perfecta. Tenia sobre todo la reputacion del mejor *freidor* (*friteur*) que se puede hallar, y no conocia otro mejor que él para trasladar *fritatore*, no solo en la capital sino en todo el reino. Cuanto mas encarecia Mr. Martin sus elogios, mas aumentaba mi inquietud. En fin, me atreví á preguntarle cómo poseyendo tal tesoro, consentia en separarse de él.

— ¡Ay! me respondió suspirando Mr. Martin, es que tiene, desgraciadamente para mí que quedo en Nápoles, un defecto que no tiene importancia para Vd. que va á Sicilia.

— ¿Y cuál? me informé yo con inquietud.

— Es *appassionato*, me contestó Mr. Martin.

Prorumpi en una carcajada.

Porque al pasar por delante de la cocina, Mr. Martin me habia enseñado á Cama junto á su hornillo, á Cama en toda su persona desde lo alto de su gruesa cabeza hasta la extremidad de sus largos piés, y me parecia el hombre á quien menos competia en el mundo semejante epíteto: por otra parte, un cocinero *apasionado* me

parecia mitológico en primer grado. Sin embargo, viendo que mi huésped me hablaba con la mayor seriedad, continué mis preguntas.

— ¿Y apasionado de qué? pregunté.

— De Roland, me respondió Mr. Martin.

— ¿De Roland? repetí yo creyendo haber entendido mal.

— De Roland, respondió Mr. Martin profundamente consternado.

— ¡Bah! dije comenzando á creer que mi huésped se burlaba de mí; me parece, mi querido Mr. Martin, que hablamos sin entendernos. ¿Cama es apasionado de Roland? ¿qué es lo que Vd. quiere decir?

— ¿Ha estado Vd. en el muelle? me preguntó Mr. Martin.

— Cuando he entrado venia del mismo faro.

— ¡Oh! pero no es esta la hora.

— ¿Cómo? ¿no es esta la hora?

— No. Para que comprendiese Vd. lo que quiero decir, sería preciso que hubiese estado por la noche cuando cantan los improvisadores. ¿Ha estado Vd. alguna vez por la noche?

— ¿Cómo quiere Vd. que yo haya estado por la noche? He llegado esta mañana y son las dos de la tarde.

— Precisamente. Pues bien, Vd. habrá oído decir alguna vez entre los tradicionales proverbios de Nápoles, que cuando el lazzarone ha ganado dos cuartos está hecho su jornal.

— Sí.

— ¿Pero sabe Vd. cómo divide sus dos cuartos?

No; ¿seré indiscreto preguntándolo á Vd.?

— Nada de eso.

— Cuéntemelo Vd., pues.

— Pues bien; tiene un cuarto para el macarroni, dos ochavos para el cocomero, uno para el *sambuco* y otro para el improvisador. El improvisador es para el lazzarone, despues de la pasta que come, el agua que bebe y el aire que respira, la cosa mas necesaria. ¿Y qué es lo que comunmente canta el improvisador? Canta el poema del divino Ariosto, *Orlando Furioso*. Resulta de aquí, que para este pueblo primitivo con sus pasiones exaltadas y su ardiente imaginacion, la ficcion se convierte en realidad: los combates de los paladines, las felonias de los gigantes, las desventuras de las castellanas, no son ya poesia, sino historia: bien la necesita el pobre pueblo que no sabe la suya. Así se entusiasma con aquella. Cada uno escoge su héroe y se apasiona de él: los unos por Renaud, estos son las cabezas jóvenes; los otros por Rolando, estos son los corazones enamorados; aquellos por Carlo Magno, estas son las gentes razonables. Ningun personaje hay, hasta el encantador Merlin, que no tenga sus prosélitos. ¡Y bien! ¿Comprende Vd. ahora? Este animal de Cama es apasionado de Rolando.

— ¿Palabra de honor?

— Como se lo digo á Vd.

— ¡Y bien! ¿y eso qué importa?

— ¿Cómo qué importa?

— Sí.

— Eso hace que cuando llega la hora de la improvi-

sacion, no hay medio de detenerle en la cocina, lo cual es un inconveniente, como Vd. conoce, en una casa como la nuestra, donde entran viajeros á todas horas del dia y de la noche. En fin, aun eso no seria nada; pero añada Vd. aun que hay aquí un camarero que es apasionado de Renaud, y que cuando, sin acordarme de esa circunstancia, tengo la desgracia de enviarle á la cocina, en el momento de comer, entonces todo es perdido. Se empeña una disputa sobre uno ú otro de aquellos bravos paladines, se dicen palabras obscenas, cada uno exalta á su héroe deprimiendo al de su adversario; y no se trata ya de otro asunto que de estocadas, de gigantes muertos en descomunal batalla, y de castellanas libertadas de atroz cautiverio. De la cocina ni una palabra: de suerte que el cocido se pega, los asadores se paran, el asado se quema, los guisos se ahuman, la comida es mala, los viajeros se quejan, el hotel queda vacío, y todo esto porque á un ruin de cocinero se le ha puesto en la cabeza ser fanático por Rolando. ¿Comprende Vd. ahora?

—Efectivamente es gracioso.

— Pero no, eso que ninguna gracia tiene, sobre todo para mi, para Vd. debe serle completamente indiferente. Una vez en Sicilia, no tendrá allí su maldito improvisador y su hablador camarero que le trastornen la cabeza. Asará, freirá maravillosamente, y además hará por Vd. todo cuanto pueda, con tal de que le diga alguna vez al dia que Angélica es una infame y Medor un unante.

— Se lo diré.

— ¿Queda Vd., pues, con él?

— Sí, puesto que Vd. responde.

Hizo subir á Cama. Cama hizo algunas objeciones acerca del poco tiempo que tenia para prepararse á semejante viaje, y sobre los peligros que en él podia correr; pero en la conversacion tuve medio de ingerir una palabra favorable á Rolando. Al punto Cama abrió desmesuradamente sus carnosos ojos, prolongó su boca hasta las orejas, se echó á reir estúpidamente, y seducido por nuestra conformidad de opiniones acerca del sobrino de Carlo-Magno, se puso en un todo á mi disposicion.

Por lo tanto, como se lo habia prmeotido al capitan, envié á Cama aquella misma noche á dormir á bordo, con las maletas, los colchones y las almohadas, yendo nosotros á la mañana siguiente á la hora convenida.

Encontramos á todos nuestros marineros sobre el puente y aguardándonos. Sin duda tenian tan grande impaciencia por conocernos como nosotros de verlos. No era insignificante ni para ellos ni para nosotros, saber si nuestros caracteres simpatizaban mutuamente, en esto se cifraba para nosotros casi todo el placer que nos prometiamos del viaje; y para ellos, acaso estaba en ello su bienestar y su tranquilidad durante dos ó tres meses.

La tripulacion se componia de nueve hombres, un grumete y un niño, naturales todos, ó á lo menos domiciliados en la aldea *Della Pace*, cerca de Mesina. Eran bravos sicilianos en toda la extension de la palabra, de poca estatura, miembros robustos, cutis atezado,

ojos árabes, detestando á los calabreses sus vecinos, y execrando á los napolitanos sus señores : hablando ese dulce idioma de Meli que imita al canto, y comprendiendo apenas el idioma florentino tan orgulloso con la supremacía que le concede su academia de la Crusca; siempre complacientes, jamás serviles, llamándonos excelencia y besándonos la mano, porque ese tratamiento y esa accion, que entre nosotros tienen un carácter de bajeza, entre ellos son la expresion de la política y de la adhesion. Al fin del viaje llegaron á querernos como hermanos, continuando siempre respetándonos como superiores, distincion delicada en que el afecto y el deber habían conservado su puesto : y ellos nos volvian lo que precisamente teníamos el derecho de esperar en cambio de nuestro dinero y de nuestro buen proceder.

Sus nombres eran : Giuseppe Arena, capitan; Nunzio, primer piloto; Vicenzo, segundo piloto; Pietro, hermano de Nunzio; Giovanni, Filippo, Antonio, Sieni, Gaetano. El grumete y el hijo del capitan, muchachuelo de seis ó siete años, completaban la tripulacion.

Ahora, permítannos nuestros lectores, despues de haber dirigido con nosotros una mirada á la tripulacion en general, fijarnos particularmente sobre aquellos de estos bravos que se distinguen por un carácter ó una especialidad cualquiera : tenemos que hacer con ellos un viaje bastante largo; y para que tomen interés en nuestra relacion, es preciso que conozcan nuestros compañeros de viaje. Vamos, pues, á hacerlos aparecer sucesivamente á sus ojos tal como se presentaron á los nuestros

El capitan Giuseppe Arena era, como hemos dicho, una buena figura, de veinte y ocho á treinta años, de fisonomía franca y expansiva en las circunstancias normales, de rostro sereno é impassible en los momentos de peligro. Tenia muy pocos conocimientos en navegacion, pero como poseia alguna fortuna, habia comprado su barco, y esta compra le habia naturalmente valido el título de capitan. En cuanto al derecho ó al poder que este título le daba sobre sus hombres, nosotros no le vimos una sola vez hacer uso de él. Fuera de una ligera sombra de respeto que se le concedia sin que él lo exigiese, y que era necesaria la costumbre para observarlo, la tripulacion vivia con él sobre un pié de igualdad enteramente patriarcal.

Nunzio el piloto era, despues del capitan, el personaje mas importante á bordo : era un hombre de cincuenta años, pequeño y robusto, de color de hollin, cabellos bastante canos; de fisonomía áspera y que navegaba desde su infancia. Estaba vestido de un pantalon de tela azul y de una camisa de buriel : en los tiempos frios ó lluviosos añadia á este traje estrictamente necesario, una especie de capa con capuchon que participaba á la vez del paletot de Occidente y del albornoz del Mediodía. Esta capa que era de color gris oscuro, bordada de cordoncillo rojo y azul por los bolsillos y bocamangas, caida seguida, y daba á su fisonomía un aspecto admirable. Por lo demás, Nunzio era el hombre esencial ó mas bien indispensable : era el ojo que vigilaba las rocas, el oido que escuchaba el viento, la mano que guiaba el buque. En los fuertes temporales, el capi-

tan se convertia en simple marinero, y resignaba en él todo el poder. Entonces desde el timon, que por otra parte cualquiera que fuese el tiempo que hiciese, jamás lo abandonaba mas que para la plegaria de la noche, daba sus órdenes con tal firmeza y precision, que la tripulacion obedecia como un solo hombre. Su autoridad tenia la duracion de la tempestad. Cuando habia salvado el navío y la vida de los que le tripulaban se volvia á sentar tranquilo en la popa del buque, y volvia á ser Nunzio el piloto; pero por mas que abandonase su autoridad, conservaba su influencia, porque Nunzio, religioso como un verdadero marino, era venerado como un profeta. Sus predicciones, con respecto á las variaciones atmosféricas, que preveia de antemano por signos imperceptibles á los demás ojos, jamás habian sido desmentidas por los hechos, de manera que el afecto que le tenia la tripulacion estaba mezclado con cierto respeto religioso que nos admiró al principio: pero del que bien pronto concluimos por participar; tan grande es sobre el hombre, cualquiera que sea su condicion, la influencia de una superioridad cualquiera.

Vicenzo, á quien colocamos el tercero mas bien por seguir el órden jerárquico que á causa de su importancia real, tenia el titulo de segundo piloto: él era el que reemplazaba á Nunzio en los escasos y cortisimos momentos en que este abandonaba el timon. Duran te las noches tranquilas, vigilaban alternando. Por lo demás, casi siempre, aun en los momentos en que su ayuda era inútil para dirigir el navío, Vicenzo estaba sentado cerca de nuestro anciano profeta, hablándole poco, y gene-

ralmente en voz baja. Esta costumbre le habia alejado del resto de la tripulacion y vuelto silencioso: así que rara vez se encontraba entre nosotros, y no respondia sino cuando le preguntábamos: cumplia este acto como un deber, con todas las fórmulas de política usadas entre los marineros. Por lo demás, era un hombre valiente y animoso despues de Nunzio, que en cuanto á esto era un prodigio, que resistia de una manera maravillosa el insomnio y la fatiga.

Despues de estas tres autoridades venia Pietro: Pietro era un alegre camarada, que desempeñaba en la tripulacion el cargo de un calavera de regimiento: siempre alegre, cantando, bailando y haciendo gestos sin cesar; hablador eterno, bailarín furioso, fanático por nada, ágil como un mono del que tenia los movimientos, acompañando sus maniobras con grotescas cabriolas y chillidos de bufon que lanzaba á la manera de Auriol: siempre dispuesto á todo, mezclándose en todo y todo comprendiéndolo: servicial y lleno de franqueza; nuestro favorito entre todos sus compañeros. Pietro habia contraido relaciones desde luego con nuestro dogo. Este, de un carácter menos comunicativo y menos sociable, pasó largo tiempo sin contestar á sus preliminares mas que con un gruñido sordo, que á la larga se cambió en un refunfuño amistoso, y concluyó finalmente en una amistad duradera y sólida, á pesar de que Pietro, llevado en su pronunciacion por el acento siciliano, no pudo llamarle nunca mas que Melor en vez de Milord: cambio que al principio pareció herir el amor propio de este; pero al cual concluyó sin embargo por habituarse

hasta el punto de atender á Pedro como si pronunciase su verdadero nombre.

Giovanni, muchacho desarrollado y grueso, hombre del Mediodía, de piel blanca y la cara molletuda del hombre del Norte, se habia constituido nuestro cocinero desde el momento en que nuestro amigo Cama se habia sentido mareado, lo que le sucedió á los diez minutos de ponerse en movimiento el *Seperonare*; por lo demás, unia á la ciencia culinaria, una disposicion que le aficionaba á ella directamente, ó mas bien, del que no era sino la consecuencia: era la habilidad de harponear. En tiempo sereno, Giovanni ataba á la popa del barco un bramante de cuatro ó cinco piés de largo, á la extremidad del cual pendia un hueso de pollo ó una corteza de pan. Este bramante no flotaba diez minutos en la estela, sin que fuesen ya escoltándole siete ú ocho pescados de todas formas y de todo color, desconocidos para la generalidad en nuestros puertos, y entre los cuales reconocíamos casi siempre la dorada con sus escamas de oro, y el lobo marino con su voracidad. Entonces Giovanni tomaba su harpon, siempre colocado á babor ó á estribor cerca del timon y nos llamaba. Pasábamos con él al castillo de popa, y, segun nuestro apetito ó nuestra curiosidad, escogíamos entre los cetáceos que nos seguían aquel que mas teníamos por conveniente. Hecha la eleccion, Giovanni levantaba su harpon, observaba un instante al animal designado, y el hierro se hundia silbando en el mar: desaparecia á su vez el objeto lanzado; pero para volver á subir al cabo de un segundo á la superficie del agua: Giovanni le

atraia entoncez hácia sí con la ayuda de un cordel atado á su brazo; despues, á la extremidad opuesta veíamos reaparecer diez ó doce veces al infeliz pescado atravesado de parte á parte: entonces la tarea del pescador estaba concluida, y comenzaba el oficio de cocinero. Como sin estar realmente enfermos, estábamos sin embargo indispuestos por el mareo, no era fácil excitar nuestro apetito. La discusion se entablaba, pues, al punto sobre el modo de componerle lo mas propio á excitarle. Jamás rodaballo alguno dió lugar entre los graves senadores romanos á disertaciones mas sábias y mas profundas que aquellas á que nos entregábamos Jadin y yo. Como para mayor facilidad discutíamos en nuestro idioma, la tripulacion esperaba, inmóvil y muda, que se adoptase una decision. Solo Giovanni, adivinando por la expresion de nuestro semblante el sentido de nuestras palabras, emitia de tiempo en tiempo su opinion, la cual, anunciándonos alguna preparacion desconocida, prevalecia ordinariamente sobre las nuestras. Decidido el condimento, cogia el mango de las parrillas ó el de la sarten. Pietro descamaba el pescado y encendia el fuego en el entrepuente: Milord, que no estaba mareado y que comprendia que habria abundancia de espinas, movia la cola, y gruñia de alegría. El pescado se asaba, y bien pronto Giovanni nos le servia sobre la ancha tabla que nos servia de mesa, porque tan estrechos estábamos en nuestro pequeño barco que faltaba espacio para una mesa verdadera. Su aspecto apetitoso nos daba las mas grandes esperanzas; mas al tercero ó cuarto bocado el mareo reclamaba obstinadamente sus derechos.

pulacion heredaba el pescado, y pasaba inmediatamente de popa á proa seguido de Milord que no le perdiade vista desde el momento en que habia entrado en la sarten ó se ponía en las parrillas, hasta el en que el grumete tragaba el último bocado.

Despues de esos, venia Filippo. Este era grave como un quáker, serio como un doctor y silencioso como un fakir. No le vimos reir mas que dos veces durante todo el viaje: la primera cuando nuestro amigo Cama cayó al mar en el golfo de Agrigento; la segunda vez cuando se quemó el capitan en la espalda, haciéndose frotar por consejo mio, para la curacion del reumatismo, con aguardiente alcanforado los riñones. En cuanto á sus palabras, no recuerdo si tuvimos ocasion de saber su tono ó su estilo.

Su buena ó mala disposicion de espíritu se manifestaba por un silbido triste ó alegre, con que acompañaba á sus camaradas cuando cantaban, sin acompañarlos jamás con el canto. Creí por mucho tiempo que estaba mudo, y no le dirijí la palabra casi durante un mes, por temor de causarle una nueva pena recordándole su enfermedad. Por lo demás, era el mejor buzo que jamás he visto. Alguna vez nos divertiamos en arrojarle desde lo alto del puente una moneda: en un instante se desnudaba mientras la pieza se hundía, se lanzaba tras ella en el momento en que iba á desaparecer, se sepultaba en las profundidades del mar, donde acabábamos por perderle de vista, á pesar de la transparencia del agua; luego, cuarenta, cincuenta segundos, un minuto despues, con el reloj á la vista, le veíamos reapar-

recer, ascendiendo perfectamente tranquilo y sin esfuerzo aparente, como si habitase en su elemento, y acabase de hacer la cosa mas natural. Excusado es decir que traía la moneda y que la moneda era para él.

Antonio era el músico de la tripulacion. Cantaba la tarantela con una perfeccion y un sentimiento que jamás dejaba de producir efecto. Algunas veces estábamos sentados, los unos sobre el combés, los otros en el entrepuente: la conversacion languidecia, y guardábamos silencio: de repente, Antonio comenzaba ese aire eléctrico que es para el napolitano y el italiano, lo que la arieta de los boyeros es para la Suiza. Filippo sacaba gravemente fuera de la escotilla la mitad de su cuerpo, y acompañaba silbando al músico de aficion. Entonces Pietro comenzaba á llevar el compás meneando su cabeza á derecha ó izquierda y sonando sus dedos como castañuelas. Pero al quinto ó sexto compás, el aire mágico obraba su efecto: una visible agitacion se apoderaba de Pietro, todo su cuerpo se ponía en movimiento como al principio habian hecho sus manos: se levantaba sobre una rodilla, despues sobre las dos, y por ultimo, se ponía derecho completamente. Entonces, y durante algunos instantes todavía se balanceaba de derecha á izquierda; pero sin alzarse del suelo: en seguida, como si la tabla del suelo se hubiese calentado gradualmente, levantaba un pié y despues el otro: y en fin, arrojando uno de aquellos agudos gritos que hemos indicado como la expresion de su alegría, comenzaba el famoso baile nacional por un movimiento lento y uniforme al principio; pero que acelerándose

cada vez más, fascinado por la música, terminaba por una especie de danza desenfadada. La tarantela no concluía sino cuando el bailarín rendido de fatiga caía sin fuerza, después de una última cabriola en la que se resumía toda la escena coreográfica.

Por último, venía Sieni, del que no he conservado recuerdo alguno, y Gaetano, á quien vimos apenas, habiendo estado obligado á quedarse en tierra durante nuestro viaje por una oftalmía que se declaró á la mañana siguiente de nuestra llegada al estrecho de Mesina. No hablo del grumete: era naturalmente lo que es en todas partes esta apreciable clase de la sociedad, el tropiezo de toda la tripulación. La única diferencia que había entre él y los demás individuos de su especie, es que, visto el buen carácter de mis compañeros, llevaba la mitad menos de latigazos que hubiese llevado si hubiese estado en un navio genovés ó bretón.

Ahora nuestros lectores conocen ya la tripulación de la Santa María di Pie di Grotta tan bien como nosotros mismos.

Como hemos dicho ya, toda la tripulación nos aguardaba sobre el puente, y balanceando sobre el áncora, estaban prontos á partir. Di aun una vuelta por el entrepunte y el camarotito para asegurarme de que habían embarcado todas nuestras provisiones y efectos. En el entrepunte encontré á Cama, alegremente colocado entre los pollos y los patos destinados á nuestra mesa, y poniendo en orden su batería de cocina. En el camarote encontré nuestras camas hechas, y á Milord instalado ya sobre la de su amo. Todo estaba, pues, en

su lugar. El capitán entonces se aproximó á mí y me pidió órdenes: yo le dije esperase cinco minutos.

Estos cinco minutos debían ser consagrados á dar noticias mías al conde de Ludorf. Tomé de mi álbum una hoja de mi más lindo papel, y le escribí la siguiente carta:

« Señor conde:

» Estoy apesadumbrado porque V. E. no me ha creído digno de encargarme sus asuntos para Nápoles: los hubiera ejecutado con una exactitud que habría sido una garantía de mi reconocimiento por su fino proceder conmigo.

» Reciba Vd., señor conde, el homenaje de los sentimientos acendrados que he manifestado á Vd., y de los que algún día espero darle una prueba (1).

» *Alejandro Dumas.*

» Nápoles, 23 de agosto de 1835. »

Mientras yo escribía, se había levado el ancla, y los remeros estaban colocados á habor y estribor con sus remos en la mano y próximos á partir. Le pedí al capitán un hombre de confianza para enviar una carta al correo: me indicó uno de los espectadores que había

(1) Esta prueba se ha hecho aguardar hasta 1841, época en que he publicado la primera edición de este libro; pero como se ve, he ganado el tiempo perdido, y espero que el señor conde de Ludorf, que ha podido tacharme de olvidadizo, saldrá de su error con respecto á mí, si por casualidad estas líneas tienen el honor de ser leídas por él.

atraído nuestra partida, y á quien conocia. Le bice entregar, por el intermedio de una vara larga, la carta acompañada de dos calini, y tuve la satisfaccion de ver al punto á mi comisionado alejarse corriendo en direccion al correo.

Cuando desapareció, di la señal de marchar. Los ocho remos que nuestros hombres tenian en el aire, cayeron juntos, golpearon el agua á la vez. Diez minutos despues, estábamos fuera del puerto y un cuarto de hora mas tarde abríamos todas las velas á un excelente viento de tierra que prometia ponernos rápidamente fuera del alcance de todos los agentes napolitanos que el señor conde de Ludorf podia lanzar en nuestro seguimiento.

Aquel viento bonancible nos acompañó quince ó veinte millas casi; pero á la altura de Sorrento, amainó, y bien pronto cesó de repente, de suerte que nos vimos obligados á navegar de nuevo al remo. Esto nos dió tiempo de apercibirnos que la brisa del mar nos habia abierto el apetito. Por tanto, perfectamente dispuestos á apreciar las cualidades del protegido del señor Martin Zir, sacamos una magnífica voz de bajo y llamamos á Cama. Nadie respondió. Alarmados por este silencio, enviamos á Pietro y Giovanni en su busca, y cinco minutos despues le vimos aparecer por el agujero de la escotilla, pálido como un espectro, y sostenido en los brazos por los que habíamos enviado á buscarle, y que le habian hallado tendido sin movimiento entre sus patos y sus pollos. Evidentemente le era imposible al pobre diablo ponerse á nuestras órdenes. Apenas podia sostenerse sobre sus piernas, y sus ojos se movian

de un modo extraño. Calculando que el viento le haria provecho, hicimos al instante llevar el colchon sobre el puente, y se le echó al pié del mástil: esto era muy bueno para él; pero nosotros no adelantábamos gran cosa. Nos mirábamos Jadin y yo con un aire bastante desconcertado, cuando Giovanni vino á ponerse á nuestras órdenes ofreciéndose á reemplazar, por el momento á lo menos, á nuestro pobre *appassionato*.

Puede calcularse, si aceptáramos la proposicion. El capitán, que no era orgulloso, recogió el remo que Giovanni acababa de abandonar. No habian pasado cinco minutos, cuando oimos el cacareador lamento de un pollo á quien degollaban; bien pronto vimos el humo salir por la escotilla; despues oimos el ruido del aceite que se freia al fuego. Un cuarto de hora despues, sacábamos cada uno nuestra parte de un pollo á la provenzal, al que faltaria, muy bien puede ser, alguna cosa, segun la *Cocinera de la ciudad*; pero el que, gracias á su apetito, que he dicho, y que habia ido en aumento, encontramos excelente. Desde entonces quedamos asegurados para el porvenir: Dios nos daba con una mano, lo que con otra nos quitaba.

A las dos nos encontrábamos á la altura de la isla de Caprea. Como pasando allí el tiempo no perdíamos gran cosa, en razon á que, á pesar del incesante trabajo de nuestros remeros, casi no hacíamos mas que media legua por hora, propuse á Jadin saltar á tierra para visitar la isla de Tiberio, y subir hasta donde se hallaban las ruinas de su palacio que distinguimos á un tercio casi de la altura del monte Solaro. Jadin aceptó con